

**HOMENAJE A LOS PRÓCERES DEL 9 DE OCTUBRE DE 1820 EN EL CEMENTERIO PATRIMONIAL DE GUAYAQUIL**

Guayaquil, octubre 08 / 2020

Estimadas autoridades de la ciudad, queridos directivos de la Junta de Beneficencia de Guayaquil, buenas noches a todos ustedes y a los queridos amigos que nos acompañan.

Visité la Junta de Beneficencia hace aproximadamente doce años, y en ese momento manifesté mi profunda admiración por el trabajo que realiza esta noble institución. Y no solamente por aquello, sino por este símbolo maravilloso que tienen de esta escultura del gran Miguel Ángel Buonarroti (escultor italiano 1475-1564), que es la del Cristo yacente y de la Virgen sedente. Pocas obras artísticas despiertan esa explosión de emociones, como la que se genera al observar de cerca esa escultura –tuve esa oportunidad gracias al Papa Benedicto–, y apreciarla en toda su magnitud y belleza.

Nada más significativo, porque de qué mejor manera se puede representar lo que hace esta noble institución. De qué manera se puede representar lo que hace Guayaquil por sus hijos y por la Patria toda, sino la de una madre que cuida de su hijo desde que está en su vientre, hasta que, con el dolor del alma, debe cerrarle los ojos.

Quiero expresar mi saludo especial al director de la Junta, Juan Xavier Cordovez, y a los miles de voluntarios que impulsan esta noble institución. Muchas gracias por invitarme a este homenaje, en recordación de los próceres de la independencia de la hermosísima Guayaquil, para celebrar su bicentenario.

Bien lo decía Juan Xavier, no siempre se celebra un bicentenario. Ahí hay denotaciones y connotaciones de todo lo que ocurrió en esa gesta heroica, libérrima, magistralmente explicada y resumida por Galo (García Feraud, jurista guayaquileño, académico y exministro de Estado) hace un momento.

¡Y qué gran iniciativa hacerlo en este maravilloso camposanto! ¡Es un honor visitar la morada eterna de ocho patriotas, protagonistas de la gran gesta independista! ¡Cómo más podrían llamarse -diría a lo mejor algún poeta-, sino la Fragua de Vulcano!

La Fragua de Vulcano, que es el nombre que dicen los romanos al forjador, al herrero celestial, al herrero del Panteón Romano, que no era sino la representación romana de aquel ser que en el Panteón Griego, era el forjador, el herrero , que fabricaba las armas de los dioses. Que fabricaba los yelmos, las corazas, las espadas, los tridentes, los rayos de los dioses, para que estos los utilicen en su actividad guerrera.

Acá la connotación es que los guerreros, fueron guerreros de la libertad. Y no necesariamente utilizaron armas. Utilizaron sus corazones, sus mentes, sus almas, para que Guayaquil sea independiente. Y así dé ejemplo a otras ciudades del Ecuador, entre esas Quito, para que aquel 24 de mayo de 1822 se forje la libertad, la independencia de todo el país.

Es un justo homenaje a quienes, hace 200 años, sembraron la valiosa semilla de libertad y patriotismo que hoy cosechamos.

Con inmenso orgullo, quiero aprovechar la ocasión para honrar a la noble Guayaquil, reconociendo la lucha de otros héroes que –igual que hace 200 años–, dejaron todo en estas calles para apoyar a los guayaquileños en el peor momento de su historia. Esta última lucha fue ante un enemigo invisible, una pandemia que nos dejó muerte y dolor, pero Guayaquil -como siempre suele hacerlo- la superó con su propio esfuerzo y con el apoyo decidido de sus gobiernos.

Hoy se siente el espíritu de aquellos próceres liderados por José Joaquín de Olmedo, en el corazón solidario de los guayaquileños que lo dejaron todo por salvar vidas, por amor al país. Lo hicieron a pesar de que hubo injustas personas, que no valoraron ese sacrificio en beneficio de los demás.

El poeta Terencio decía: *nada de lo que es humano nos debe ser ajeno*. El genial poeta John Donne, lo complementa diciendo: *por eso, no peguntes por quién doblan las campanas: están doblando por ti*. Y Ernest Hemingway lo incluye al inicio de su libro “Por quién doblan las campanas”.

Sí, cuando doblan las campanas, sin duda un poco de nuestra vida también se extingue, un poco de nuestra vida también se va.

Sí. Es verdad que quienes creemos en que existe una vida eterna, pensamos que esto no es sino un retorno a la morada del alma. Es un retorno a casa.

Sí, es verdad. Pero ¡qué doloroso es, para los que se quedan con ese dolor profundo!

Los dolores sirven para aprender, para dejar enseñanza, porque si no, el dolor es innecesario. Si el dolor no deja una enseñanza, definitivamente no ha valido la pena. Y la enseñanza debe ser para gobiernos, para autoridades, para ciudadanos.

¡Debe ser para todos!

Una enseñanza ha valido la pena si somos más solidarios, si somos más responsables, si damos prioridad en nuestra vida a las cosas que verdaderamente debemos dar prioridad.

Si mejoramos nuestra educación para orientarla a los valores, a encausar principios, el dolor habrá valido la pena. Si aprendemos la necesidad que tenemos de la ciencia, de la tecnología, del desarrollo, ¡de que no se deben cerrar instituciones que se dedican a la investigación científica!

Porque si uno no se sumerge en el conocimiento profundo, para desentrañar de ese conocimiento las leyes, los conocimientos, los principios, la metodología que rige la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, definitivamente (el dolor) no habrá servido para nada. ¡Qué pena, qué pena que no se pensó así!

Si no aprendimos de ese dolor, necesario conservar la naturaleza que nos rodea, moriremos de una infinita, de una tremenda -decía el jefe de una tribu estadounidense- moriremos de una terrible e inmensa soledad.

Queridos amigos:

Ecuador entero se siente orgulloso de Guayaquil y de sus nobles instituciones. ¡Una ciudad que nunca se doblega ante obstáculos o desastres! ¡Una ciudad que siempre ha salido victoriosa, y más fortalecida!

Igual que a los próceres de la independencia, la historia también recordará eternamente a los héroes anónimos de esta guerra sanitaria. Ustedes, queridos hermanos que apoyaron a combatir la pandemia, vivirán siempre en el corazón de miles de compatriotas cuyas vidas salvaron. Y siendo más valientes cada día, honraremos la memoria de aquellos que no pudimos salvar.

El patriotismo de hace 200 años se mantiene vivo en los nuevos héroes que combaten sin armamento: médicos, enfermeras, auxiliares, gente de los gobiernos locales y nacionales, militares y policías, que lucharon denodadamente con tesón en esta guerra.

Esa heroicidad también se refleja en la madre trabajadora, en el niño que debió aprender nuevos métodos de estudio, en el pequeño emprendedor que no se rinde ante la adversidad. De esa gente está hecha esta hermosa ciudad: de gente valiosa, que tanto y tanto aporta al país.

Sin embargo, cabe recordar que los problemas no han terminado. El covid ha dejado secuelas en el mundo, y a todos nos tomó desprevenidos. El momento menos pensado, nos encontramos sin exportaciones de petróleo, sin consumo interno, sin tributos, cero ingresos a la caja fiscal. Y lo peor: ¡sin un dólar de ahorros!

En esas condiciones debimos enfrentar una emergencia que requería miles de millones de dólares, para resolver los graves problemas que se presentaron. ¡Y no los teníamos!

Pero, debo decirlo: hubieramos podido paliar la emergencia, con el dinero despilfarrado y robado durante una década espantosa, que todos recordamos con tanto pesar.

Superar esta crisis sanitaria y económica ha sido muy complicado, pero nos hemos esforzado al máximo porque seguimos siendo fieles –ustedes y nosotros, queridos amigos– a nuestro propósito: ¡dejar un mejor país del que recibimos!

Afortunadamente, las cosas están mejorando. Hemos recuperado la confianza de los organismos internacionales. Y gracias a ello, desde esta semana empezamos a cubrir las necesidades más urgentes del país, entre ellas de la Honorable Junta de Beneficencia de Guayaquil.

Juan Xavier: has hecho muy bien en mencionar a María Alejandra Muñoz, nuestra querida vicepresidente, porque ha sido ella –con la insistencia que le caracteriza– la que ha estado solicitando que el gobierno haga los egresos correspondientes. Y seguirá siendo ella la encargada de los contactos con la Junta de Beneficencia, para lograr que esas auditorías se hagan con urgencia, y los recursos fluyan con la urgencia que ustedes los requieren. Es nuestro deber, como lo fue en 1820 para nuestros insignes próceres, proteger a nuestra gente.

Mi eterno agradecimiento a la Junta de Beneficencia, por su valioso aporte del Hospital Luis Vernaza y su personal, por estar en la primera línea de atención.

Debo decir, estimado Juan Xavier, que su misión tiene paralelismo con nuestro Plan Toda Una Vida: ustedes también acogen a nuestros hermanos más vulnerables, desde que nacen, desde que son concebidos, porque desde ahí hay que proteger la vida –¡y más de uno se pregunta por qué veté el Código Orgánico de Salud!–:, hasta que Dios decide cerrarles los ojos. (Aplausos)

Desde hace décadas, la Junta se ha encargado de cubrir obligaciones que el Estado debió atender.

¡Gracias, siempre gracias por esa nobleza de espíritu!

Amigos y amigas de la querida Perla del Pacífico:

Hoy –juntos–, costeños, serranos, amazónicos e insulares, celebramos su independencia. Hoy reafirmamos ese maravilloso sentimiento que nos une bajo una misma bandera: el sueño de un Ecuador mejor, el anhelo de encontrarnos algún momento con un Ecuador mejor. Y si no es posible para nosotros, que lo sea para nuestros hijos.

Seguiremos luchando, contra viento y marea. ¡Y saldremos adelante! Porque todos tenemos ese espíritu, esa “madera de guerreros”, como decía el poeta y como decía el cantor.

Juntos celebramos el futuro que celebrarán también las generaciones venideras. ¡Tal como celebramos esta noche a un puñado de valientes, que hace 200 años no se rindieron, no se doblegaron, no se inclinaron, para darnos el tesoro más preciado que puede tener un ser humano, que es la libertad!

¡Viva Guayaquil!

Muchas gracias a ustedes.

**LENÍN MORENO GARCÉS**

**Presidente Constitucional de la República del Ecuador**